

Caliginosa tempestad formarse
En seca tarde del ardiente estío.
Véase la parda nube desplegarse,
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
El rayo serpear, crujió el trueno,
Hasta que, abierto el seno,
Rompe sañuda en turbidos raudales,
Que piedras, troncos, mieses arrebatan
Con impetu feroz.... En breve, empero,
La nube pasa, y por el bosque verde
El sol esparce su esplendor primero,
Sin que otro indicio apenas lo recuerde,
Que en las tranquilas hojas suspendida
Gota brillante, en perla convertida.

La nueva en tanto cunde
En alas de la fama; de Isabela
El claro nombre por los aires vuela
Y entre el público aplauso se difunde.
¡Cuánto alborozo el pueblo carpentano
Ante el alcázar regio
Ostenta, amante, en redoblados vivas!
De músicas festivas
Alterna el coro, y en jovial tumulto
Los hijos todos del recinto hispano
Celebran fieles á su infanta bella.
Oyese del lejano
Confin del suelo astur el canto grave,
Que en círculo anchuroso
Lento y seguro pié compasa y mide,
El baile estrepitoso
De la feliz Valencia, do preside
La morisca dulzaina; allí resuena
El crótalo andaluz al són alegre
Que las béticas playas enajena;
Allí cuantos la orilla
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre
Renuevan hoy en danzas y cantares
Gratos recuerdos de los patrios lares.

¡Oh tú, preciosa niña, objeto caro
De tanto aplauso y general contento;
Tú, que quizás con infantil quejido,
Forzosa deuda que á natura pagas,
Respondes sólo á mi cansado acento!
Duerme, tierna Isabel, duerme, reposa;
Y las musas iberas,
Que en tu alabanza el júbilo reuna,
Para adornar tu cuna
De mirto y lauro tejerán festones;
Y de heroicas acciones,
Que el timbre augusto de Borbon realzan,
Te servirá de arrullo el noble canto.
Duerme, y permite que tu madre hermosa,
Ora asustada al eco de tu llanto,
Goce tranquila en dulces ilusiones
De tu ventura el porvenir risueño;
Que la española fe te guarda el sueño.
Y tú, sol de Fernando, Reina amada,
Que absorta y muda el ánimo recreas
En tu cara Isabel, y en tal instante
Ni el mismo trono olimpico deseas,
Gózala un siglo, y el afán materno
Compense en gracias su niñez serena,
Como el susurro de Favonio tierno
Paga en fragancia cándida azucena.
Que allá en el tiempo que de veinte abriles
Sus ojos vieren renacer las flores,
Y el mundo á sus encantos juveniles
Ofrezca adoracion, tribute amores;
Si de Iberia en el solio soberano
Dieren las patrias leyes
Asiento digno á más feliz hermano,
Cien poderosos reyes
De las lejanas y vecinas zonas
Rendirán á sus plantas cien coronas.

EPÍSTOLAS.

I.

A PRADINA.

(Junio de 1803.)

Tu hechicera beldad y tus virtudes
Aprecio más, bien mio, que la vária
Brillante perspectiva de los puestos,
Honras y gozos con que el mundo halaga.
Sólo en tus brazos encontré la dicha;
Enlazado á tu cándida garganta
Hallé de la ventura el dulce colmo,
Y en divinos placeres me anegaba.
Tres veces de la hermosa primavera
Nuestros amores vió la faz rosada,
Y tres veces con plácida sonrisa
De mirto y flores nuestra sien ornara;
Mas la ausencia, ¡ay de mí! la ausencia impía
Te arrebató á mis ojos; ¡cuántas ansias,
Cuánto infortunio y eternal tormento
Hundió en mi corazón la inútil marcha!
Solo, asombrado, cual el triste buho,
Que asusta con su grito las montañas,
Por las orillas del undoso Duero
Corrí, llorando mi fortuna aciaga.

Aquí y allí, confuso, extraviado,
Con paso incierto y voz desentonada,
De mi ciega pasión enloquecido,
Por mi Pradina al bosque preguntaba.
Pradina, tristemente respondía
El eco sordo de las peñas altas;
Y Pradina también allá en el río
Iba sonando entre las turbias aguas.

Limpias ondas del Orbigo felice,
Que entre los olmos la mansion retrata,
La fúnebre mansion que el dueño mio
Prefirió á mis caricias acendradas,
Volved atrás; decidme cuántas veces
Visteis de Duero la corriente brava,
Con mis copiosas lágrimas envuelta,
Turbar la vuestra cristalina y mansa;

Mientras Pradina con desden injusto,
En su grato retiro sosegada,
Sin más pensar en su infeliz amigo,
Las antiguas promesas olvidaba.

Mas ¡ay! que el tiempo de quejarme es ido.
Ya llanto eterno y soledad me aguardan;
Pues, para más dolor, no le ha quedado
Ni un quimérico apoyo á mi esperanza.
Después que el orgulloso despotismo,
Ó más bien tu tibieza y mi desgracia,
La funesta barrera levantaron
Que á los dos para siempre nos separa,
Los campos atroné con mis querellas,
Desesperado y loco; vomitaba
Injurias mil contra los hombres todos,
Cual furioso volcan que airado brama.

Pero á esta furia impetuosa y ciega
Sucedió presto la terrible calma,
En que mi corazón aletargado
Melancólicamente se anonada.

Ya ni reír ni lastimarme puedo;
Espira el ¡ay! cobarde en la garganta,
Y el dolor todo, en mi interior sumido,
Con callado puñal le despedaza.

¡Cuánto tuve perdido! De tiempo en tiempo
El bálsamo precioso de tus cartas,
Como en verano el húmedo rocío
Refresca las campiñas abrasadas,

Con delicioso y celestial influjo
La activa fuerza de mi mal templaba;
Mas hoy desconocida me abandonas,
Y ves mi padecer y no le calmas.

¡Ay! ¡por qué tal rigor? ¡Es por ventura
Delito amar? ¡Es crimen la constancia?
Ya que no aspiro tu rosado aliento,
¡Querás que se dividan nuestras almas?

¡Han de olvidarse los ardientes votos,
Las firmes y dulcísimas palabras
De un afecto sin fin, que á nuestro labio
La fe sencilla y el amor dictaban?

No sé, no sé, Pradina, si esta idea,
Si esta ausencia críel jamás se sacia,
O si presumes que deber austero
Te impele riguroso á procurarla;

Pero entre tanto que, á pesar del duro
Tormento que la abate y menoscaba,
Del sol hermoso la radiante lumbre
Mire, y fomente mi desdicha amarga;

Ora logre feliz ver tu semblante,
Mansion de las bellezas y las gracias,
Ora felice, de tu vista lejos,
Me separen incógnitas distancias;

Tuyo será mi corazón sincero,
Siempre abrasado en amorosa llama,
Y en él tu imagen y bondad sublime
Perpetuamente vivirán grabadas.

Y si acaso mi musa lastimera,
Que sólo sabe bosquejar mis ansias,
En lúgubres endechas algún día
Con más osado vuelo se levanta,

El nombre y la virtud de mi Pradina
Á extraños climas llevará la fama,
Y la historia fatal de mis amores
Vivirá eterna en las sensibles almas.

Entonces á los jóvenes amantes,
Sobre el dulce regazo de su amada,
Arrancará tal vez algún suspiro
La triste relación de sus desgracias.

Bien que ya no serán tan insufribles
Si su recuerdo compasión te causa,
Y una lágrima sola derramares
Al recorrer las líneas de esta carta.

II.

AL EXCMO. SR. CONDE DE HARO, ANIMÁNDOLE AL EJERCICIO Y BUEN USO DE LA POESÍA.

(12 de Junio de 1807.)

Aquí do vuelto á los maternos brazos
Vivo felice, y del tropel de afanes
En que la córte bulliciosa hierve
Descansa el corazón; donde engañosos,
Ni el oro corruptor pervierte al bueno,
Ni el falso brillo del poder deslumbra;
Plácida, oh Conde, á regalar mi oído
Llegó tu musa, y á sus tristes ayes
Con débil voz de fúnebre elegía
Responde Duero, y con doliente lloro
Desgreñadas sus ninfas le acompañan.

Oyó de Antonio (1) el nombre, oyó tus ecos,
Que suspirando el céfiro difunde,
La selva, el prado y por do quier unidos
Los aires pueblan su loor y el tuyo.

¡Virtud, santa virtud! sañuda en vano
Su amarga hiel la envidia ponzoñosa
Lanza en tu daño, y la calumnia infame
Ruge y te acosa con feroz ladrado.

Tú, de modestia y de candor armada,
Cual tras lóbrega nube más brillante
Derrama su fulgor el rey del día,
Tu faz ostentas, y los monstruos viles
Pálidos huyen y á tu luz se ocultan.

¡Feliz aquel á quien seguirla es dado,
Y ensalzaria también! Su eterna antorcha
Mostró luciente en su natal Sofia,
Y risueñas las Musas le arrullaron.

Tu cuna, dulce amigo, cariñosas
Mece el plugo, y en el sacro fuego
Benignas inflamantes, cuya llama
Ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,

(1) Don Antonio Tavira, obispo de Salamanca, á cuya muerte escribió el Conde la composición á que aluden estos versos. Fué un prelado sabio y virtuoso, pero calumniado y perseguido.

Y al templo augusto de la gloria guía,
Sigue su impulso fiel. Tu acento puro,
Debido á la verdad, nunca profane
La torpe adulacion. Del que inflamado
De ardiente caridad se afana y suda
Por embotar las puntas aceradas
De los abrojos ásperos que cubren
La senda del vivir; del juez que, al oro
La faz negando y al poder y al ruego,
La balanza de Astrea igual mantiene;
Del que, en tenaz vigilia desvelado,
Ocultas fuentes del saber descubre;
De la virtud, en fin, doquier brillare,
Eterno galardón tu canto sea.

Mas no ceñuda y rígida presumas
Que el eco dulce del amor desdeñe
La apacible virtud: ella á sus juegos,
Si la inocencia y el pudor los guían,
Benigna ríe y plácida le halaga.

¡Quién es el triste que á su impulso blando
Nunca cedió? ¡Qué mármol de una hermosa
Desconoció el poder? Canta á tu amada,
Canta sin miedo su gentil donaire,
Su tez de rosa y sus cabellos de oro.

Que yo en tu canto armónico la vea,
Batiendo el aire su cendal de nácar,
Triscar cual ninfa por la margen verde
Del régio Manzanáres: de sus ojos
Tiembale la luz en las fugaces ondas,
Y las húmedas trenzas sacudiendo,
Oigan su voz las náyades del río;
Ó bien tus tiernos cánticos aplauda,
Y una sonrisa de su linda boca
Grata los pague, ó tímida suspire.

No es un mal el amor. Otros agobian
Á la paciente humanidad: el fraude,
La baja envidia, la impiedad horrible,
El seco amor de sí, la fe violada,
El tiránico orgullo y la rabiosa
Sed de mando... ¡Oh dolor! ¡Tiembles, amigo,
Tiembles? ¡Será que el insolente ceño
Del vicio entronizado te intimide?

¡Nunca! Levanta el brazo, el duro azote
De la sangrienta sátira descarga,
Y abate la cerviz que alza impudente
Con desenfreno audaz. Que el mundo vea
De la calumnia vil la oculta trama
En que ley y verdad envueltas gimen;
Descubre el dolo con que mina astuta
Pérfida seducción; arranca y huella
La máscara al hipócrita; tu pluma
Rompa de un rasgo el reforzado cofre
Del ávido usurero, y el tesoro
Que el crimen hacinó patente brille.

No, empero, siempre mal y vicios veas,
Amado Conde; ni censor te ostentes
Acre, adusto, mordaz; ni la enojosa
Pasión de deprimir tu pecho agríe.
Tal Fabio con frenética locura
Por negra lente el universo acecha:
Todo á sus ojos es inicuo; en todo
Voraz se ceba su canino diente;

Do quier de la maldad descubre el sello,
Y el gesto frunce, y vomitando hieles,
El mundo infama con gritar de arpia.

Haz bien y canta el bien. Al hombre el cielo
Para el hombre crió; que no, cual clama
Torva misantropía, la inocencia,
El honor, la piedad del orbe huyeron;
Ni sólo habitan los oscuros claustros,
Las pajizas cabañas ó el humilde
Taller del menestral. Dignanse á veces
De honrar pintados techos, y entre el brillo
Del oro y de los mármoles se hospedan.

Mas ya te oigo decir: «¿Dó están, amigo,
Dónde? De la virtud la sombra veo:
Sí, la sombra, y no más.»— Cuando afanoso
Por la ancha Libia el infeliz viajante
Mares y mares de inflamada arena
Huella perdido, y en sudor bañado,
Con vista inquieta y trémula, de horrible
Sed que le ahoga por templar la hoguera,

Mira angustiado el horizonte de oro,
Pidiéndole un raudal; allá lejano
Le descubre á su ver; redobla ansioso
El paso y el teson; se afana el triste,
Y ve del agua la apariencia sola,
Que al reflejo del sol le ofrece un mármol.
¿Qué hará? ¡Infeliz! De su anhelar rendido,
Junto á la roca aletargado cae,
Y frescos bosques y risueñas fuentes
Le brinda el sueño plácido y le adula,
Y aquel momento en la ilusión se goza.
El tu norma será. Si el mal te aqueja,
Sueña al ménos el bien; que al dios del Pindo
No plugo en vano electrizar tu frente
Con la chispa inmortal que endiosa al vate,
Feliz destello de su luz preclara.
Si la fria razon, de piés de plomo,
Entre escollos de horror al hombre guia
Con certero compas, tú sola sabes,
Osada fantasía, mundos nuevos
Darle, y á su pesar impetuosa,
Como torrente que, feroz bramando,
Rocas y troncos y cabañas lleva,
De la alta cumbre de Apenino al centro
Del mar y al carro de Flegon ardiente
Llevarle á tu placer. Del grande Homero
¿Quién resiste á la voz? Con él recorro
Los campos de Dardania; entre la nube
De polvo denso los caballos sigo
Del implacable Aquiles, y al soberbio
Airon del casco que agitado ondea
Tiemblo azorado y pálido; suspiro
Con la misera Andrómaca, y escucho
Los estallantes látigos, el sordo
Batallar de los héroes, el doliente
Murmullo de Escamandro... ¿Y dónde, dónde,
Soberano cantor, la magia hallaste
Que me arrebatara así? ¿Quién los colores,
Milton sublime, y las etéreas luces
Con que el arcángel esplendente brilla,
Dió á tu pincel? ¿Cuál fuerza á los cerrojos
Del malogrado eden el diamantino
Sello alzó para tí? Tú sola sabes,
Fantasía feliz, mil mundos nuevos
Al hombre dar y engrandecer su mente.
Suelta, no temas, las brillantes alas
Á tu imaginación, y nuevos orbes
De ventura y bondad fecunda crée,
Donde el amable jóven, que el impuro
Soplo no encalleció del vicio infame,
Al amor de la paz y las virtudes
Abra su corazón. Que allí no vea
Del odioso interes, que al hombre aísla,
La ávida faz, ni el oropel del lujo
Como al indio salvaje le fascine,
Ni de ambición frenética arrastrado,
Á fuer de hiena por los campos corra,
De humana sangre y destrucción sediento.
¡Oh loca ceguera! ¿Quién contra el hombre
Al hombre encarnizó?... Perdon, amigo,
Perdon si en santa cólera me inflamo
Contra ese azote carnívor, horrible,
De la inocente humanidad. La patria
Armó tu diestra del tajante acero
De tus progenitores, y á sus filos
Su defensa, su honor, su gloria fia;
Mas no te ofenda que el furor destete
De la guerra insaciable. En sangre tintos,
En sangre fraternal los lauros veo
Del tigre macedon: de sus victorias
No el himno infausto á mis oídos llega.
¿Y cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos
Resuena el grito de cien mil familias
Que en la orfandad ó el cautiverio gimen?
¿Y tú le cantarás? Si acaso un tiempo
La belicosa trompa al labio aplicas,
Sólo para inflamar los pueblos suene
En santa indignación; si un nuevo Jénjis,
En su ambición insana, más terrible
Que en su cólera el mar cuando furioso
Naves y chozas y naciones traga,
A tu patria dirige el cetro duro

Con que hoy amaga audaz de los Triones (1)
El remoto país; mas no con sangre,
En guerra injusta y bárbara vertida,
Las cuerdas de tu cítara salpíques,
Ni el triste objeto de tu canto sean
Luto y dolor, asolación y estragos.
Canta la dulce paz; canta á sus hijas,
Las artes bienhechoras; la abundancia,
Que ante su carro placentera rie,
Su copia rica prodigando en torno;
La industria activa, y el comercio, y cuantas
Ciencias y nobles máximas conducen
Á suavizar el belicoso germen
Que hoy despuebla los campos, convirtiendo
La culta Europa en horda de caribes.

III.

Contestacion á unos tercetos improvisados por varios amigos (2).

Roca, Vega, Breton, Diaz, Romea,
Recibi vuestro métrico billete,
Deprisa escrito en reunión pimplea,
Donde á favor del dulce pajarete
Y al retintin de la espumante copa
Hilvanábais tercetos siete á siete.

(1) Esto se escribió en 1807, durante la primera guerra de Napoleón contra el Emperador de Rusia.

(2) Lo fueron de sobremesa en un fraternal convite, dispuesto el día 14 de Diciembre de 1840 por el señor don Mariano Roca de Togores, hoy marqués de Molins, para celebrar los días de nuestro insigne poeta, y son los siguientes:

A DON JUAN NICASIO GALLEGO,
EN SUS DIAS.

Al salir de un opiparo banquete,
Donde ha habido de todo, incluso dátiles,
Y leche de las Navas por sorbete;
Lleno aún de los hábitos volátiles
Que alego por disculpa á los errores
En que abundan mis números tornátiles
(Que los hiciera yo quizá mejores,
Si hubiera sido en su festín más parco
El magnífico Roca de Togores).
Antes de tropezar de charco en charco
Por sucias calles en oscura noche,
Malos versos escribo á un Aristarco;
Y no invoco ni á Apolo ni á su coche;
Que para acreditarte mi cariño
Basta un metro ramplón á trochemoche.
Vale ¡oh Nicasio! A desear me ciño
Que recobres los ímpetus guerreros
Con que incensaste á Venus cuando niño,
Y que entre los mejores y primeros
De tus amigos numerosos cuentes
A don Manuel Breton de los Herreros.—
Yo también, el menor de los presentes,
Este terceto miserable empalmo
En los de don Manuel antecedentes,
No inspirado del dios que rige el alma
Coro de las hermanas, ni del régio
Poeta débil inventor del salmo.
Para decirte en mala prosa, egrégio
Vate español, que escuches bandadoso
Este de mi laud humilde arpegio.
Con que te felicita ¡oh gran coloso
Intelectual y físico! hoy, que llega
De tu natal el día venturoso.
Este que al Dios del universo ruega
Te guarde á tus amigos, de los cuales
Es uno don Ventura de la Vega.—
Pero ¿cómo entre plumas tan caudales
Podrá la mía, descompuesta ahora,
Buscando amigos, encontrar rivales?
¿Ni qué habré de decir á la canora
Cítara que las Víctimas de Mayo
Canta á la par que el universo llora?
Tal vez el pueblo invitado de Pelayo
Envejecido ve su brazo ardiente
Primero que tu vena; así Moncayo
Corona en nieves la riscosa frente
Cuando arrastra los pámpanos Octubre;
Mas no del Ebro cesa la corriente.
Así la escarcha que tus sienes cubre,
El lauro que ganara en los albores
De la vida, perenne nos describe.
Pasó la primavera con sus flores;
Recoge, pues, en el invierno el fruto
Que te da de amistad Roca Togores.—

¡Triste de aquel que, condenado á sopa
Seráfica y al néctar de las fuentes,
Puede sólo sentir fuego de estopa!
Tuve en verdad estímulos vehementes
De acrecentar la alegre compañía,
Mas la lluvia sin fin cayó á torrentes,
Y fuerza fué del natalicio día,
Entre memorias tristes y confusas,
Pasar solo la tarde oscura y fria.
Más inflaman las mesas que las musas,
Aun cuando, al escribir, trémula mano
Trace, en lugar de letras, semifusas;
Y no sé que tuviese el juicio sano
El que fingió disuelta en agua pura
La ispiracion de Apolo soberano.
Sube un pobrete, echando la asadura,
El Pindo arriba, ansioso de entusiasmo,
Sudando el quilo por ganar la altura;
¿Y no será rechifa y aún sarcasmo
Que el dios le ofrezca un vaso de Hipocrene,
Que le corte el sudor y le dé un pasmo?
Mejor quizá con la razon se aviene
De aquella chusma el delirar eterno
Que con brujas y espectros se entretiene;
Y atormentada de furor interno,
Desdeñando el favor del sacro monte (1),
Su aciaga ispiracion pide al inferno.
Mas yo me atengo al padre Anacreonte,
Viejo tuno y maullon, que lo entendia
Más que el cantor de Gama ó Rodamonte,
Y con brindis de Chipre y malvasia,
De las muchachas jónicas cercado,
Calentaba su dulce poesía.
Tendido sobre el césped de un collado,
La cana sien de pámpanos corona,
Con la botella ó el porron al lado.
Allí sus cantos báquicos entona,
A que, cual moscas á la miel, acude
De las ninfas la turba juguetona:
A la que el beso ó el pellizco elude,
Y sorda á los halagos de su musa,
De sus traviesos brazos se sacude,
Deponiendo el rabel ó cornamusa,
Toma el porron el viejo marrullero
Y con un par de sorbos la engatusa.
De tan sábia opinion os considero;
Seguid del Teyo Anacreon las huellas
En prez y gloria del Parnaso ibero:
Y aunque no os acaloren ninfas bellas
(Más castos, si bien jóvenes, que el viejo),
Tomad el plectro y destripad botellas;
Que al dulce influjo del licor añejo
Correrán vuestros versos como rios,
Sembrados de agudezas y gracejo.
En tanto yo, sin juventud, sin bríos,

¿Con que, yo he de escribir? Vamos, me inmuto.
Con Breton, Roca y Vega; cómo lidio?
Pues no hay remedio; de amistad tributo
Sean mis pobres versos; y el que envidio
Cantor llustre de las Nobles Artes,
Y de Oscar y Malvina y de Dermidio;
El que por gran poeta en todas partes
Reconocido está, con faz severa
No los ha de acoger. ¡Oh! no, no apartes,
Nicasio, de mi epistola primera
Los ojos, porque acaso no la midas
Por los cantos enérgicos de Herrera.
No ricas galas á mi ingenio pidas,
Que pobre y triste en su humildad rastrea;
Mas si del corazón las más queridas
Flores son los recuerdos, cuando lea
Nicasio estos renglones, que reciba
Uno, y muy tierno, de Julian Romea.—
Y es justo, si, que la brillante oliva
Del triunfo del saber orne tu frente,
Que para gloria de tu patria viva.
Mi pobre musa en la ocasion presente
Salud te envía, admiración y canto,
Que entusiasmo por tí gozoso siente.
Así de la amistad el fuego santo
El desagrado en tí, Nicasio, borre,
Que excite ahora con orgullo tanto
José María Diaz de la Torre.

(1) Por supuesto, no es el Sacromonte de Granada.

¡Qué gracias ¡pésia tal! quereis que siembre
En estos metros lánguidos y frios,
Si á más del cierzo que corrió en Setiembre,
Contra mi buen humor veis conjurados
El hielo de mi edad y el de Diciembre?
Solo á vosotros, jóvenes amados,
Esperanza y honor de las Españas,
De Cintio y de Lico acariciados,
Os toca difundir por las extrañas
El nombre de la patria, que os admira,
Mientras envuelta en polvo y telarañas
Descansa en un rincon mi pobre lira.

16 de Diciembre de 1840.

SONETOS.

I.

LA PRIMAVERA.

Sacude Abril su fértil cabellera,
Y el ancho suelo púeblose de flores;
El alba le saluda, y mil colores
En torno brillan de la clara esfera.
Anuncia alegre el soto y la pradera
La vuelta de la risa y los amores,
Y arroyos, aves, selvas y pastores
Cantan la deliciosa primavera.
Rie el zagal; alégrase el ganado;
Todo el placer de su presencia siente,
El bosque, el río, el páramo, el poblado;
Mas yo, que estoy de mi Pradina ausente,
Suspiro solo y de tristeza helado,
Cual si bramara el ábrego inclemente.

II.

Á QUINTANA,

POR SU ODA AL COMBATE DE TRAFALGAR.
(1805.)

¡Es la lira de Pindaro valiente
La que en mi oído atónito resuena,
A cuyo són sublime, que enajena,
Las glorias canta de la griega gente?
No, que es del gran Quintana el plectro ardiente,
Que del nombre español el mundo llena;
A su voz brama el mar, el bronce truena
Y el combate inmortal se ve patente.
Goza á par de los héroes que ensalzaste,
Pindaro nuevo, el lauro peregrino
Con que sus sienes y la tuya ornaste;
Pues al alto lugar que os da el destino,
Si tú por sus hazañas le ganaste,
Suben hoy por tu cántico divino.

III.

Á CORINA, EN SUS DIAS.

(1806.)

Id, mis suspiros, id sobre el ligero
Plácido ambiente que el Abril derrama;
Id á los campos fértiles do brama
En ancho cauce el orgulloso Duero.
Id de Corina al pié sin que el severo
Ceño temáis del cano Guadarrama,
Pues el ardor volcánico os inflama
Que en mí encendió la hermosa por quien muero.
Saludadla por mí; su alegre día
Gozad ufanos, y el cruel tormento
Recodadle del triste que os envía;
Y en pago me traed del mal que siento
Un ¡ay! que exhale á la memoria mia,
Empapado en el ámbar de su aliento.